

plina durante todo el proceso de creación. Su propuesta se basa en una serie de pautas conceptuales y metodológicas que sirven de guía durante el desarrollo de un proyecto de diseño, y permiten contemplar todas las relaciones posibles que se originan entre el usuario, el espacio físico y el objeto. Estas pautas, “convergen en la construcción de una matriz de valoración propuesta como herramienta de consolidación del proceso para consignar, analizar y evaluar la información recolectada de manera que se pueda determinar la dimensión ergonómica del resultado esperado en el ejercicio proyectual [...]” (pág. 18).

Como era de esperarse, luego de exponer su propuesta conceptual y metodológica sobre la ergonómica de concepción, la autora se refiere a las técnicas y métodos más apropiados para la recolección de la información requerida durante el desarrollo de los procesos proyectuales. La autora afirma que los resultados de un proyecto pueden variar dependiendo de la técnica o método que se elija; de allí la importancia de hacer la elección basándose en tres criterios fundamentales: saber qué información se necesita, conocer la información que la técnica o método suministra y manejar la técnica o el método con propiedad.

De manera concisa, describe algunos de los procedimientos más útiles para recabar información y destaca las fortalezas de cada uno mediante un cuadro comparativo.

En el último segmento del libro, la autora establece la utilidad práctica de sus propuestas presentando como casos de estudio cuatro proyectos desarrollados por estudiantes de diseño de la Pontificia Universidad Javeriana, de distintos niveles académicos. Según la autora, la aplicación de esas pautas por parte de sus alumnos, le ha permitido afinar su propuesta y evaluar los alcances de la misma, como instrumento confiable para la creación de nuevos productos.

Pienso que para ser maestro no es suficiente tener el conocimiento; creo que es necesario tener el don

de saber transmitirlo. Martha Helena Saravia Pinilla tiene ese don y lo demuestra en su libro *Ergonomía de concepción. Su aplicación al diseño y otros procesos proyectuales*, en el que se trasluce su inquietud sobre la responsabilidad de los diseñadores como gestores de calidad de vida. Para la autora, la improvisación y las decisiones empíricas no tienen cabida en ese campo, de ahí su trabajo de análisis y proposición de un método razonado y verificable, una herramienta para guiar a los creadores de productos, servicios y espacios en el ejercicio de una profesión que involucra al ser humano.

LETICIA RODRÍGUEZ  
MENDOZA



## De música clásica y carriel

### Mozart. Vida y obra

Rodolfo Pérez González

Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2006, dos vols., 354, 508 págs.

“Yo me detuve, contemplé el mar, las estrellas. Esas estrellas a las que Harry consagraba sus noches de vigilia, mientras Hildegarde hacía improvisaciones *free classic* sobre temas mozartianos”. Michel Houellebecq, *La posibilidad de una isla*, pág. 75.

“Il faut ajouter l'effet d'ennui, de grisaille qui est propre à la répétition”<sup>1</sup>.

Mauricio Kagel, “Du mauvais emploi de la sensibilité” en *Revista Contrechamps*, núm. 3, Lausana, 1984, pág. 62.

Rodolfo Pérez González es antioqueño, que no es poco. Además, es músico. Sus actividades fueron ampliamente reconocidas en el país en las décadas de los años 1960 y 1970 a través de su decidida inclinación hacia la música antigua. Ese gusto particular —que coincidió con el auge y redescubrimiento internacional de

las formas propias de los periodos preclásicos— lo llevó a conformar en Medellín grupos de ejecución del repertorio polifónico. Entre ellos debe mencionarse la Coral Tomás Luis de Victoria, la Capilla Polifónica de Coltejer y el Coro de Cámara de la Facultad de Música de la Universidad de Antioquia. En esa tarea, Pérez González ocupó más de dos décadas. Al frente de sus grupos musicales se las ingenió también para presentarse en otras ciudades del país y algunas del exterior, aunque su sede natural una vez al año era sin duda, el Festival de Música Religiosa que la capital caucana realiza desde hace otras tantas décadas en época de Semana Santa.

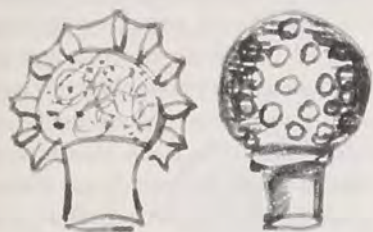


Rodolfo Pérez ha representado en la escena musical del país las orientaciones del Grupo de Música Antigua de Nueva York cuya escuela conoció de primera mano con Ernst Murphy y Lanoue Davenport. Sin embargo, esa profusa actividad musical no ha logrado cuajar en otros frentes de manera más convincente, pues aunque han compartido parecidos intereses, sus ejecuciones no han trascendido hasta ahora el nivel artístico que resulta cuando se trata de aplicados, entusiastas, aunque modestos aficionados. Lo mismo podría afirmarse del repertorio que exhiben en sus programas, el cual, en la mayoría de los casos, no va más allá de piezas de carácter religioso, sobre todo del Renacimiento y Barroco italiano, salpicado aquí y allá de ejemplos de la picaresca española.

O bien, el reiterativo repertorio de partituras encontradas en el archivo de la catedral de Bogotá como



testimonio de casi tres siglos de la estética del barroco musical hispano, que ocultó a los oídos de la Nueva Granada los nuevos rumbos que tomaba la experiencia sonora en Europa a partir del siglo XVIII.



Rodolfo Pérez se ha mantenido en el ejercicio musical sin vacilaciones ni desmayos. En este sentido, el músico antioqueño es un personaje de claro perfil intelectual, que no parece darse cuenta de su entorno de trovas camineras, carriel y aguardiente que ha derivado como forma de actualizarse hacia la sonoridad gesticulante del *rock* metálico. Como sí lo hizo en su tiempo su inveterado paisano León de Greiff quien, entre el inventario de personajes de leyenda nórdica que pueblan sus versos, no dejaba de insertar alguna copla de gusto alicorado (“Oh Bolombolo!... —[...] país de sol sonoro, de excesivas palmeras, de animalillos zumbadores, de lagartijas vivaces [...]”).

Rodolfo Pérez tiene ahora casi ochenta años de edad. Nació en 1929. En estos últimos tiempos, ese inequívoco y permanente gusto lo ha llevado a ocuparse de dos de aquellos compositores que ocupan sin discusión los mejores nichos en el exclusivo olimpo de la música occidental. Como quien dice, Bach y Beethoven, que a él le deben otros dos voluminosos libros publicados igualmente por editoriales de Medellín, cuyos empresarios parecen compartir el mismo matiz historicista.

Lo de ahora, es un libro sobre W. A. Mozart editado en dos gruesos tomos que completan entre los dos casi un millar de páginas. Se exhibe como aporte local a la celebración de los doscientos cincuenta años del nacimiento del aplaudido músico

austriaco de quien se ha dicho “[...] que cambió el mundo para siempre, pues hizo la vida más digna de vivirse”. De esta frase se apropia Darío Valencia Restrepo en el prólogo escrito para presentar el libro, en el cual además reafirma la universalidad del personaje a causa de su “dominio de todos los géneros musicales de Occidente y por su cabal conocimiento tanto de la voz humana como de los instrumentos”. De esa manera, el bien intencionado prologuista pierde de vista el hecho de que el concepto de universalidad implica sobre todo la pertenencia común a un conglomerado extenso, en lugar de la pretendida acumulación de conocimientos de un individuo cualquiera.

El libro de Pérez González (edición conmemorativa de los 250 años del natalicio de W. A. Mozart) parece seguir dichos lineamientos pues, se trata ante todo del inventario de acontecimientos, anécdotas y frases hechas que los aficionados conocen a gusto y a disgusto, y que repiten biógrafos, comentaristas de discos, directores de cine y de series televisivas. El libro en cuestión no va más allá. No intenta ofrecer una mirada novedosa de la obra mozartiana desde su propia experiencia relativa al quehacer musical que no es, precisamente, la de las cortes europeas de los siglos XVII y XVIII. Ni tampoco la de los más citados biógrafos del músico. Con todo, en el texto no deja de insistirse en todos aquellos detalles que el consumidor de biografías quiere seguir escuchando. Por ejemplo: que el niño prodigio a pesar del rigor de la autoridad doméstica, iba todas las noches “[...] a besar la nariz de su progenitor antes de irse a dormir” (pág. 32), que en el convento de Ipse toca con maestría el órgano “[...] aun sin conocer el mecanismo” y hasta llegamos a conocer los colores del traje nuevo que lució Mozart en el primer viaje a Múnich que era “[...] en lila pálido, con galones dorados y chaleco de seda brochada” (pág. 38).

La estructura del libro pretende llevarnos de la mano a través de un minucioso acontecer cronológico

que inicia con los antecedentes históricos y la descripción de la ciudad de Salzburgo en donde nació el personaje en 1756, prosigue con el inventario de las acrobacias propias de un niño superdotado (“aprende un minueto al instante con absoluta perfección”), luego, con el recuento de sus numerosos viajes bajo la estricta vigilancia del padre (“pasó casi quince años sobre los caminos”), con la pequeña historia que hay detrás de la composición de sus piezas más notables en la que no faltan mecenases, detractores, apuros económicos y lances amorosos que determinarán una azarosa vida doméstica llena de momentos plenos y desavenencias conyugales. Como resultado, el texto se alarga de manera inofensiva y se vuelve reiterativo en la mención de hechos, personajes y situaciones. A cada paso, el autor recurre a citas de los autores más autorizados de la bibliografía mozartiana —Turner, Hildesheimer, Chantavoine, Norbert, Baker—, así como a la profusa correspondencia cursada entre padre e hijo que ha sido analizada hasta el cansancio en otras publicaciones, muchas de ellas en traducciones al castellano.



En consecuencia, resulta harto difícil encontrar en esta polifonía compuesta con tenacidad a base de observaciones de terceras personas, el rasgo singular, el apunte estratégico y revelador, la voz solista del autor a través de la cual se manifieste su percepción única e intransferible de las diversas facetas que caracterizan a ese singular personaje de la historia de la música.



Algunas veces, en la redacción de ciertos párrafos, el lector tiene la impresión de la apresurada traducción de una frase escrita en otro idioma como cuando escribe en la página 64 que “[...] Leopoldo y su hijo *se arrancaron* del palacio del conde Pallavicini porque querían llegar a Roma lo más pronto posible [...]” ¿Se arrancaron?

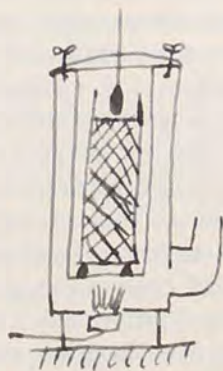


Aún más, en un libro como este resulta inoficioso reproducir detalles de la economía personal del músico, sus deudas y sus gastos, los cuales —según Carl Bär—, entre diciembre de 1785 y diciembre de 1791 ascendieron a 11.000 florines (vol. 1, pág. 152).

En su, al parecer, obsesiva inclinación hacia la obra de los compositores clásicos europeos, Pérez González se comporta como uno de aquellos adolescentes que en lugar de abrir los ojos sobre la problemática de su entorno, se escapa sin remordimiento alguno en el escenario sencillo y limitado de su colección de postales, de sellos de correo, de tiras cómicas o de DVD. Un mundo pequeño y feliz en el que la plenitud no es rota por ningún sonido extravagante; en el cual todo parece estar hecho, acabado y del que es válido entrar y salir sin contradicciones. De eso está hecho el clasicismo. Al fin y al cabo la música de Mozart ha logrado establecerse sin ninguna clase de resistencia en el gusto más bien simple de una actualidad socio-económica que es, por el contrario, compleja y hasta perturbadora. En ese contexto, los recién nacidos y

aun aquellos que se nutren en el vientre de la madre deben compartir el gusto por las armonías mozartianas, aunque recientes investigaciones afirman que los sonidos exteriores no alcanzan a llegar a la indefensa criatura. Sin contar las numerosas producciones discográficas —¡con DVD incluido!— que ofrecen al desprevenido consumidor los “éxitos” más recurrentes del genial compositor.

Al referirse a Brahms, el compositor Mauricio Kagel habla del mal empleo de la sensibilidad y, en seguida, se refiere al lenguaje a menudo patético y excesivo que ha ganado sin proponérselo el repertorio musical anterior al siglo xx. Cuando Darío Valencia escribe en la contracarátula que en la obra de Mozart “la humanidad encontrará siempre [...] un bálsamo para sus dolencias [...] y la esperanza de un mundo mejor para todos [...]”, hay allí una cierta agresividad en el carácter mesiánico de la frase que, por eso mismo, adquiere en consecuencia, un cierto matiz retardatario. El clasicismo musical y la superestructura en que se ha convertido, es el mejor garante de la tradición. Sin embargo, detrás de las acciones comúnmente admitidas se ocultan detalles, mientras otros se dejan al margen con su carga de pasión y reveladoras consecuencias. En ese sentido, el libro de Pérez González sobre Mozart es una excursión a través de un paisaje conocido.



En todo intento de restauración, afirma Kagel —así sea enciclopédica como es el caso de este libro—, la

pretensión de recuperar los ancestros se convierte en muchos casos en una forma de domesticar una cultura que se atomiza ante nuestros ojos<sup>2</sup>. De esa situación no escapa, como es bien sabido, la sociedad antioqueña, en la cual un precario número de compositores de formación académica espera que una mano se ocupe de su obra con la paciencia, gusto y conocimiento con que el musicólogo paisa escucha el canto de sirena de Bach, Beethoven y Mozart. Las páginas de sus libros servirán como primera piedra para levantar su propio monumento.

CARLOS BARREIRO ORTIZ

1. “Es necesario añadir la sensación de tedio, de enajenación, que caracteriza a la repetición”. Traducción del autor.
2. Mauricio Kagel, “Du mauvais emploi de la sensibilité”, en Contrechamps, núm. 3, Lausana, septiembre de 1984, pág. 62.



## La exitosa mediocridad

**Parapapá. El manual perfecto para convertirse en un padre modelo**  
Jorge Maronna, Daniel Samper  
Espasa Calpe, Bogotá, 2008, 165 págs.

Desde el punto de vista bibliográfico debe decirse que se trata de un volumen humorístico ilustrado, dirigido a los papás sobre la crianza de niños, con la particularidad de que se refiere sólo a los varoncitos. Las bebidas quedan excluidas, excepto para proponer nombres como Emerenciana, Fredesvinda, Monegunda y Restituta. En la portada lleva una cinta que lo recomienda como “El regalo ideal del padre”. Porque la obra no tiene otro propósito que el comercial, basado en el prestigio del nombre de los autores. Hacer el ridículo por dinero es profesión antigua y lucrativa ante auditorios de risa fácil, que se entretienen con cualquier pretexto. La vacuidad deliberada muestra la in-